



## Idea de una filosofía del ateísmo

Dr. Alejandro Ramírez Figueroa

(Publicado en Revista Iniciativa Laicista Nº 62. Agosto de 2022)

### Introducción

El teísmo, en sus muchas expresiones, esto es, la postulación de la existencia real de algún tipo de ente o entes más allá de toda experiencia y razón humanas posibles, con capacidades providenciales sobre nuestra vida, parece ser una realidad cultural indiscutible en la vida política e individual. Sin embargo, nada que la fuerza social del teísmo pueda tener en cuanto facticidad cultural, nada de su omnipresencia en los sucesos humanos, nada de eso permite implicar de allí la existencia real de entes transempíricos. No puede confundirse, entonces, la supuesta existencia real de dioses con las consecuencias sociales e individuales, buenas o malas, que la creencia en esa existencia pueda conllevar. Si alguna existencia poseen los dioses, pues, no es sino la de ser ciertas determinadas ideas, aspiraciones y temores humanos, *demasiado humanos*, al decir de Nietzsche. En otros términos, el sentimiento de creencia en lo sobrenatural puede considerarse como un hecho humano; mas, de allí no se sigue de ninguna manera la existencia del objeto de esa creencia. Son dos planos categoriales muy distintos. La filosofía del ateísmo solo tiene que ver con el segundo de ellos.

El ateísmo es también un hecho cultural, pero que no consiste en una mera negatividad, en una “falta de teísmo”, en un hueco de creencia, como normalmente puede ser considerado y como la etimología del término lo indicaría. Para las posturas teístas, el ateísmo significa incluso una “falta de humanidad”, “estar fuera de la naturaleza humana”, como diría Maritain, incluso como una falta de calidad moral de los actos humanos, o como una falta de búsqueda de “sentido de nuestra vida”. Así, dicho sentido solo estaría en el teísmo. Mas, ya Pierre Bayle (1647-1706), uno de los precursores de la Ilustración, hablaba del “ateo virtuoso”, aquel sujeto en quien

moralidad y ateísmo son completamente compatibles; el ateo no atenta contra la honestidad. No se puede, como se hace normalmente, asociar ateísmo con ser ruin.

La filosofía del ateísmo puede ser concebida, se propone, como una disciplina positiva de pleno derecho, que consiste en negar esa tesis de la negatividad; equivale, en cuanto teoría, en convertir el fenómeno del ateísmo en problemas epistemológicos, lógicos, ontológicos y éticos. Equivale, asimismo, al examen de los argumentos contruidos por el teísmo para defender sus posiciones.

Es posible asociar el inicio mismo de la filosofía con una postura crítica acerca de la creencia en lo sobrenatural. ¿Acaso no es posible asociar a los presocráticos con un distanciamiento, como un quiebre en realidad, del mito, de la presencia providencial de los dioses? ¿No significa, como afirmaba Ortega, el paso del “así sea” (amén) al “A es B”? ¿O, no han sido los humanismos una reacción a “doctrinas religiosas y metafísicas”? Epicuro propuso que, si bien había dioses, estos no tenían ninguna relación con nada humano, en ningún sentido. Desde entonces, desde ese proto ateísmo epicúreo, se podría decir así, el pensamiento filosófico ha recorrido un camino hacia un pensamiento libre de dogmas ligados a entidades sobrenaturales. En efecto, en los inicios mismos de la modernidad, o desde la guerra de los 30 años en el siglo XVII, es que comienza un proceso de secularización que viene a desarrollarse y afianzarse en el siglo XIX. La filosofía del ateísmo puede ser considerada el último eslabón de este camino, eslabón teórico, como el paso más radical, como el cuestionamiento mismo del objeto religioso: la existencia del objeto propio de la religión.

La filosofía del ateísmo tiene principalmente una doble tarea: (i) elucidar el concepto de ateísmo; (ii) desarrollar una labor teórico-crítica de los argumentos planteados por el teísmo. A su vez esta segunda tarea considera: (ii)-1 la crítica tanto de los argumentos teístas mismos, como (ii)-2 la formulación de argumentos propios de la filosofía del ateísmo. Se exponen, en lo que sigue, brevemente estas dos tareas.

Es necesario distinguir el concepto de ateísmo de otras ideas pertenecientes a la “misma familia”. De acuerdo con Michel Onfray no es fácil encontrar pensadores que afirmen claramente el ateísmo. Términos como “deísta”, “agnóstico”, “secular”, “laico”, “materialista”, incluso “pagano” son a veces considerados como equivalentes al de “ateo”. En la Ilustración, la época de “las luces” (una época bastante oscura en realidad, que la filosofía trataba de iluminar) tomó mucha fuerza la presencia del “deísmo”. Pero el deísta no es el ateo. Voltaire, así como muchos de los llamados “libertinos ilustrados” (muchos escribieron desde la clandestinidad porque la situación era peligrosa) como La Mothe le Vayer, Vanini, Toland, Naudé, fueron deístas. Su crítica era sobre la presencia, poder e influencia eclesiástica en la cultura y, sobre todo, en la política, pero sin postular un ateísmo propiamente tal, una afirmación de que Dios no existe. La mayoría de los filósofos modernos fueron deístas; he allí los casos conspicuos de Hume y, sobre todo, de Spinoza. A veces se señala a

Spinoza como un ateo. Su excomunión lo demostraría, más su obra fue deísta, pues lo que hizo fue un análisis de tipo cartesiano de los dogmas eclesiásticos del cristianismo (milagros, virginidad de la madre, transubstanciación y otros). El mayor riesgo de “ateísmo” era el panteísmo de Spinoza: el identificar a Dios con la naturaleza.

El agnosticismo es otra postura relevante con la que se confunde el ateísmo. El término, acuñado por Thomas Huxley hacia 1889, es un escepticismo de tipo epistemológico que puede sintetizarse en el siguiente argumento: (i) No se puede demostrar que hay Dios, (ii) No se puede demostrar que no lo haya; (iii) No hay razones que inclinen al sujeto en ninguna de las dos alternativas. La cuestión, entonces, está en la imposibilidad de creer o no, no en una afirmación de existencia (de manera semejante a la epojé de los escépticos antiguos). Como Maimónides, puede haber, sin embargo, alguien que sea agnóstico y teísta a la vez, quien afirmaría: creo en Dios, pero es incognoscible, no argumentable, no conceptualizable. Es un fideísmo (postura de la cual Kierkegaard, el fundador del existencialismo y de la filosofía contemporánea, tal vez sea el mayor y más influyente representante).

De acuerdo con el lógico y teólogo actual Alvin Plantinga, se puede distinguir entre un agnosticismo débil y otro fuerte. El primero consiste ni en creer ni en no creer en la existencia de un ente con los predicados standard de la divinidad. El segundo afirma más, agrega una modalidad: no es posible justificar la creencia en la existencia divina. Hay que notar que en el agnosticismo parece suponerse de todos modos la existencia de Dios. En todo caso, no parece ser cierto que no se puede demostrar su no existencia, pues, indirectamente, ello es posible al criticar los argumentos que sí pretenden demostrarla.

Ateísmo tampoco es laicismo, pues este último más bien apunta a una separación entre dos instancias, religiosa y no religiosa. El laicismo es más bien propio de una institución, es el estatuto jurídico de un proceso de secularización, es la separación entre estado y religión, aunque pueda decirse laico también de un individuo. Por cierto que estos conceptos, laico y ateo, están conectados entre sí. Es posible que un pensador, siendo fundamentalmente defensor de una filosofía del ateísmo, defienda el laicismo. Un comentario aparte requiere el término “paganismo”. Se trata de un término ligado al cristianismo. En sus inicios el cristianismo, en Roma, llegó en último término al campo, al “pagus”, en el cual se continuó, por un buen tiempo, profesando religiones “paganas” y no el cristianismo que ya se imponía. En suma, si bien pueden coexistir en un sujeto posturas ateístas como deístas o laicistas, ello no permite confundirlas conceptualmente.

### **La crítica a los argumentos teístas**

El teísmo, en su forma intelectual, esto es: la teología, ha elaborado muchos argumentos en favor de la existencia divina. Algunos de ellos muy fuertes y de gran y

extensa influencia. El mismo teísmo, pues, ha considerado que racionalmente se puede fundar la fe. Sin embargo, ninguno de ellos se sostiene. La mayoría registra el problema de concluir aquello que ya se tiene como dado. Las formas en que la literatura clasifica los argumentos teístas y sus críticas desde la filosofía son muchas. En esta breve exposición tomamos la taxonomía de John Howard, quien ofrece esta clasificación: (i) Argumentos “teóricos”, en los que se trata de analizar la verdad o la falsedad de un enunciado de existencia, de la forma “existe X”; en particular, “Dios existe”. En esta categoría se inscriben los argumentos cosmológicos, ontológicos, analógicos, de la moral, etc. (ii) Argumentos “prácticos”, en los que creer o no creer es una cuestión de un cierto “estado mental”.

Un caso conspicuo de argumento “teórico” es el ontológico, de tipo a *priori*, pues no requiere elementos empíricos y se resuelve en el mismo concepto de Dios. Ha tenido muchas expresiones, desde San Anselmo de Aosta, Spinoza y Descartes hasta hoy. Su esquema muy básico es este (las distintas formulaciones dan lugar a distintas fuerzas lógicas y a diferentes críticas): (i) Dios es el ser tal que nada mayor puede ser pensado; su propio concepto lo pide así; (ii) la existencia es parte de la perfección, (iii) un ser perfecto no puede carecer de una perfección, (iv) Dios existe. En las *Meditaciones*, la quinta, Descartes afirma que repugnaría a la razón pensar en un ente absolutamente perfecto que no exista, que sería como pensar en una montaña sin valle. Spinoza, por su parte, considera absurdo concluir que una esencia infinitamente perfecta no exista. Pero este argumento a *priori*, no obstante su aparente fuerza, no funciona. La crítica de Kant es que el argumento, en la formulación de San Anselmo, pide su conclusión, pues si se define a Dios como el ente tal que se deba pensar que nada más perfecto existir (no como una mera hipótesis, lo que sería contrario al teísmo), es trivial concluir que existe. Por otra parte, el mismo Kant ofrece otra razón que muestra la falacia: la existencia no es una propiedad de un ente, como lo es el color o el peso, por ejemplo. Decir “X existe” es, en rigor, redundante. Si el rojo y la pequeñez, por ejemplo, son propiedades de X, entonces, si X existe, entonces esas son sus propiedades. Pero se requiere que X exista primero. En otros términos, el enunciado: “X es rojo y es pequeño” es verdadero si y solo si X existe, si hay un objeto que satisfaga la función. Así: “Dios es omnisciente e infinitamente bueno” es verdadero si y solo si Dios existe. Es también la crítica que hace Bertrand Russell sobre la base de su teoría de las descripciones. La existencia de X es una condición de posibilidad de sus propiedades. Por ejemplo, en términos de B. Russell, la descripción: “la ciudad que es capital de Chile” es una descripción verdadera porque existe una ciudad (Santiago) que satisface esa descripción. En cambio, “la ciudad chilena de 15 millones de habitantes” es falsa, porque no existe ningún objeto que satisfaga esa descripción.

Otro argumento teísta “teórico”, en la nomenclatura de Howard, es el de la moral. Se trata de una razón de mucha presencia e influencia social. Como lo expone William Lane: (i) Si Dios no existiese no habría valores morales objetivos; (ii) Pero hay tales valores morales (iii) Dios existe. Pero, por muy aceptada y extendida que sea esta idea,

que identifica Dios con moral, es manifiesta la debilidad del planteamiento. Lo que es débil es la premisa primera, que relaciona condicionalmente a Dios con la moral. A lo más se podría afirmar que la religión es una fuente entre muchas de la moral, pero es un engaño pensar que exista una exclusividad en esa identificación. Por otra parte, hablar de “objetividad” en los valores humanos es un supuesto muy discutible.

Un argumento teísta, en cambio, de orden “no teórico”, que tiene que ver con un estado anímico o mental, es el de Pascal. En síntesis, la tesis de Pascal es que “conviene” creer en la existencia de Dios. ¿Qué sucedería si no creemos en su existencia y no existe? Pues, nada. Pero, ¿qué sucedería si realmente existiese Dios y no creemos en él? ¿No habría un perjuicio infinito? ¿Vale la pena correr tamaño riesgo? Pues, no, diría Pascal. Es muchísimo lo que perderíamos. Así, aunque haya razones para el ateísmo, me es reconfortante creer. Es un estado mental más satisfactorio. Queda a la vista, pues, que lo único que logra demostrar el argumento es una conveniencia de evitar riesgos, pero de allí no se sigue que exista el objeto de dicho riesgo. Otros de los argumentos contruidos por el teísmo que ha tenido siempre un gran poder de persuasión en las sociedades es el de la analogía, de tipo teleológico, expuesto por William Paley a fines del siglo XVIII. Si un lápiz, digamos a modo de ejemplo, ha tenido un diseñador, una mente que lo concibió y lo construyó, entonces debe suceder lo mismo con el universo entero, esto es tener un ultra diseñador y hacedor. De manera similar el argumento cosmológico, tan antiguo como Aristóteles, afirma que, como los sucesos de nuestra experiencia tienen causa, el universo en su conjunto debe tener una causa, pero primera, suprema, ella misma incausada. A pesar de su apariencia, estos argumentos no se sostienen. Debe observarse que una buena analogía, si bien puede ser muy productiva epistemológicamente, no es una estructura demostrativa, como pretendería el teísmo al ocuparla. En segundo lugar, ¿se trata de una analogía adecuada realmente? Lo que ocurre con el caso del lápiz, o cualquier otra manufactura, es que sabemos desde ya, por nuestra experiencia, que es un producto de la industria humana, cosa que no sabemos para el universo completo. Por tanto, el argumento pretende demasiado. Que objetos individuales hayan sido contruidos y pensados por una mente no implica que el conjunto de todo lo que hay tenga que tener una súper mente diseñadora. Además, ¿puede aplicarse el concepto de “diseño” a un ser divino? El diseño es un complejo de actos humanos, de idas y venidas, de ensayos fallidos, de pruebas, no de actos únicos y perfectos. Es un concepto humano que no es posible extrapolar más allá de lo humano. El argumento de la primera causa sufre de problemas similares; el concepto de causa en realidad corresponde a sucesos dentro del mundo, digamos así, no para fuera de todo el conjunto. La idea de causa ha sido elaborada sobre la base de nuestra experiencia fáctica, difícilmente extrapolable más allá de ella.

## Los argumentos ateístas

Pero la filosofía del ateísmo también está conformada por argumentos que no son propiamente críticas a razones elaboradas por el teísmo, como los mencionados en la sección anterior. Se trata de razones y perspectivas construidas desde el pensamiento ateísta mismo. Son los casos, por ejemplo, de Jean Paul Sartre o de Ludwig Feuerbach y, en nuestros días, John Mackie y André Comte-Sponville. Así, Feuerbach lo que hace no es tanto criticar argumentos existentes; por el contrario, en términos “positivos” ofrece una visión de la naturaleza humana tal que ella implica un ateísmo, tal vez, a nuestro juicio al menos, el más claro y fuerte que quepa encontrar. En su texto *La esencia del cristianismo*, publicado en 1841, Feuerbach (1804-1872), presenta una idea de lo divino comprendida como esencia de lo humano. Es una inversión fundamental de las teologías de la creación divina. De Dios como el creador del hombre al hombre como creador de Dios, de la idea de Dios, más precisamente. Lo divino consiste en las proyecciones humanas llevadas al infinito. Las propiedades divinas son solo las propiedades humanas consideradas superlativamente. Feuerbach, un crítico del idealismo alemán, no enuncia que no hay dioses, no enuncia explícitamente su no existencia; solo reduce su esencia a lo humano: “La esencia divina no es otra cosa que la esencia humana o, mejor dicho: la esencia del hombre sin límites individuales, es decir, sin los límites del hombre real, siendo esta esencia objetivada, o sea, contemplada y venerada como si fuera otra esencia real y diferente del hombre”. Lo divino es, pues, nada más que una abstracción de lo humano. De este modo, Feuerbach representa de manera conspicua a los pensadores que construyen razones ateístas propias, más que centrarse en mostrar las debilidades de los argumentos en defensa del teísmo. Lo divino, para Feuerbach, en suma, no es nada más que una proyección de sentimientos y, sobre todo, de aspiraciones humanas de perfección, pero que quedan siempre dentro del propio círculo de lo humano.

Los argumentos teístas y sus críticas, así como los ateístas, son muchos y en constante desarrollo en sus muchas versiones. Pero valgan los casos expuestos para ilustrar los problemas que encierran. La filosofía del ateísmo, como la filosofía del arte, de la ciencia, de la historia, de la tecnología, estará siempre haciéndose, expandiéndose y contrayéndose, buscando continuar los caminos iniciados hace ya mucho, en los inicios del pensamiento moderno, en cierta medida en el humanismo renacentista y, decididamente, en la Ilustración.